



Declaración de Beit-El Salam: Un aporte al debate sobre Misión en el contexto de crisis y marginalización dentro de la CMIR

Nosotros y nosotras, un grupo de veintiséis líderes eclesiales, teólogos, teólogas y activistas de Asia, África, el Caribe, Norteamérica y Europa nos reunimos en Beit-El Salam, Alejandría, Egipto, del 7 al 11 de noviembre de 2019. Compartimos allí nuestras experiencias, deliberamos y debatimos la siguiente cuestión misiológica: ¿cómo podemos iniciar y mantener un testimonio cristiano y una coexistencia pacífica en contextos donde los cristianos y las cristianas son minoría, frecuentemente enfrentando violencia y marginación por parte de la comunidad mayoritaria? De este modo, damos los primeros pasos y colocamos las bases para responder al mandato de la Asamblea General, que invitaba a establecer un marco para la paz, la justicia, la reconciliación y la coexistencia pacífica en contextos de violencia religiosa.

Reunidos y reunidas en un contexto en el que las personas cristianas son una minoría y donde se han desarrollado grandes manifestaciones políticas en los últimos tiempos, también oímos los clamores de personas de otros contextos en diversas partes del mundo, donde ellas viven como minorías, no solo desde la perspectiva de ser minorías religiosas, sino también minorías por motivos de raza, etnia, casta, opresión económica, género e idioma. Establecimos que nos encontramos viviendo en lo que podría describirse como un apartheid global, caracterizado por el etno-nacionalismo, el racismo, el autoritarismo, los fundamentalismos y el extremismo vinculados a las diferentes religiones y al auge de los fascismos. Nuestra fe nos desafía a responder proféticamente.

Tomamos cabal conciencia del avance de los fundamentalismos religiosos en todo el mundo y reconocemos que el fundamentalismo en una comunidad conduce al fundamentalismo en otra. No existe alguna religión mayoritaria en este mundo que no se vea afectada por corrientes fundamentalistas. Esto ha derivado en la teología del estado y la teología de la iglesia: la justificación religiosa de la política del odio y la sacralización e idolatría de la política. Apelamos a una teología profética que exprese la preocupación de Dios por una justicia compasiva. Sin el cumplimiento pleno de esta justicia, resulta imposible la coexistencia pacífica.

Como participantes en esta consulta, representamos una completa gama de experiencias dentro de nuestra Comunión, de personas viviendo tanto en contextos mayoritarios como minoritarios. Mientras nos escuchamos, empezamos a entender cuán matizadas son las posturas de las mayorías y de las minorías. Definimos minoría no en términos cuantitativos sino en términos de poder y de acceso a recursos, procesos de toma de decisiones y oportunidades para desarrollar una agenda propia. Las minorías son, por ende, aquellas que están excluidas de una participación significativa en la sociedad y en la iglesia.

La consulta permitió un análisis integral, contextual y global, de las crisis al dar espacio a las voces desde diferentes contextos en todo el mundo. Notamos que el contexto de la misión hoy es la situación del imperio global. Entendemos que el imperio es la conjunción del poder económico, cultural, político y militar en nuestro mundo actual. Esto está constituido por una realidad y un espíritu de dominación sin señorío, creado por la humanidad.

Prestamos atención a las voces de aquellas personas que se encuentran en los bordes del imperio. Nuestras discusiones permitieron visibilizar sus historias y las ramificaciones continuas del colonialismo. Escuchamos historias de permanente recolonización económica y política, que han resultado en una competencia por los recursos y un enfrentamiento de las comunidades entre sí.

Descubrimos cómo la religión, como lugar de encuentro, junto a la raza, el idioma y el origen étnico, está siendo utilizada para polarizar a las comunidades que luchan por la vida, el sustento y la dignidad.

Las historias de aquellas personas que viven dentro del vientre del imperio nos permitieron un análisis más detallado acerca del modo en que las ideologías y las teologías del autoritarismo y del etno-nacionalismo se están utilizando para generar rechazo hacia las personas más marginadas y para colocar en el lugar de “diferentes” a las personas vulnerables. La migración económica y ecológica está cambiando nuestros paisajes demográficos, y la hospitalidad está siendo reemplazada por la hostilidad.

En tal contexto, entendemos que somos llamados a la comunión entre nosotros y nosotras, pero más aún a la obediencia al evangelio, que nos convoca a la justicia y a la paz.

En este sentido, la iglesia está llamada a un peregrinaje junto a las personas marginadas. Esta es una solidaridad de con-otridad; una solidaridad que va más allá de la presencia y que quiere escuchar y orientarse hacia aquellas personas que han sido empujadas a los márgenes de la sociedad. Reconocemos que también tenemos el llamado particular a encarar acciones de solidaridad con aquellas personas que, dentro de las comunidades marginadas, que sufren discriminación y exclusión. Pensamos especialmente en mujeres, personas LGBTQI+, personas migrantes y personas con discapacidades, cuya marginación se multiplica. En estas situaciones, estamos llamados y llamadas a dar testimonio de la indivisibilidad del amor y la justicia de Dios.

Existen iglesias que son cuantitativamente minoritarias y que tienen acceso al poder y hay también iglesias sin ningún poder y que son perseguidas, e incluso en estas comunidades las iglesias participan en la persecución de otras personas, particularmente otras minorías, incluso minorías dentro de sus propias comunidades.

Cristianos y cristianas en situaciones de persecución, pueden incluso albergar, de manera consciente o inconsciente, ambiciones imperialistas que surgen de la propia historia del cristianismo como una religión de excepcionalidad y de conquista. Necesitamos hacer memoria del llamado bíblico “practicar la justicia, amar la misericordia, y humillarte ante tu Dios” (Miqueas 6: 8, NVI).

Hay iglesias que son minorías en términos numéricos pero que tienen un considerable poder y privilegios debido a sus conexiones globales y económicas. Dichas iglesias deben entender su llamado a peregrinar con aquellas personas e iglesias que están marginadas y perseguidas y dejarse guiar por ellas en tales situaciones.

Durante este tiempo escuchamos los gritos de las personas oprimidas, y como dice Calvino, "este grito, que procede del sentimiento de la naturaleza y de los dictados de la justicia, finalmente es escuchado por el Señor ... [las personas oprimidas] saben que esta confusión del orden y de la justicia no debe ser soportada. Y ese sentimiento, ¿no se encuentra en nosotros y nosotras por el Señor? De esta misma manera Dios oyó [Dios mismo] los gritos y los gemidos de aquellas personas que no podían ya soportar la injusticia”.

Si es cierto que Dios no solo oye a las personas pobres y oprimidas cuando claman contra la injusticia, sino que Dios se oye a sí mismo en sus gritos, significa que Dios no es solo el Dios de las personas pobres y oprimidas sino el Dios que se vuelve pobre y oprimido. Calvino habla de todas aquellas personas "que no pueden soportar la injusticia", no solo de aquellas a quienes se les inflige injusticia, sino de aquellas que claman en su nombre y que, por ende, hacen lo que es correcto y lo que es justo.

En su clamor, Dios también se escucha a sí mismo, y al hacer justicia y deshacer la injusticia, es posible sanar las heridas de Dios.

Asumiendo la existencia del imperio y entendiendo que en este momento trabaja para dividir y para reinar, creando minorías para ser chivos expiatorios y temidos, lo cual acarrea sufrimiento a muchas personas en todo el mundo, somos desafiados y desafiadas al privilegio de la resistencia y de la lucha (Santiago 4:7). Somos conscientes de lo difícil que es esto, especialmente para las pequeñas comunidades cristianas en situaciones de sufrimiento y de opresión, pero como ya hemos dicho, el Señor escucha nuestros gritos (Salmo 34:17). Deliberamos y discutimos la cuestión misiológica de cómo podemos iniciar y mantener el testimonio cristiano y la coexistencia pacífica en un contexto donde las personas cristianas son la minoría, a menudo enfrentando violencia y marginación por parte de la comunidad mayoritaria. Nuestra fe proclama la victoria de Cristo, y a través de su victoria, la nuestra sobre el poder del pecado y de la muerte, del miedo y de la impotencia. Ya no tendremos miedo (2° Timoteo 1:7) y nos comprometeremos a la tarea del testimonio profético, dirigido hacia y en camino compartido con aquellas personas que se encuentran marginadas.

10 de noviembre de 2019